

## CAPÍTULO IV

### TEÓLOGOS

SUMARIO: 1. Teólogos de primer orden: los tres andaluces: Toledo.—2. Suárez.—3. Tomás Sánchez.—4. Los tres castellanos: Molina.—5. Valencia.—6. Vázquez.—7. Teólogos de segundo orden: Salas, Arrubal, Azor, del Rfo, etc.—8. Catequistas: Ledesma, Montoya, Ripalda, Astete.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: Las obras citadas y diversas cartas de nuestros Padres sobre algunas de ellas.

1. Más atractivo aún que el estudio de la Sagrada Escritura tenía para los españoles de los siglos XVI y XVII la teología, sobre todo en su forma científica más elevada, cual es la escolástica. No desdeñaban ciertamente la teología positiva, que estudia los dogmas de la religión en los textos de los Santos Padres, en los cánones de los Concilios y en los monumentos de la antigüedad. Tampoco desconocían la polémica, interesados como estaban en defender la verdad católica contra los insultos y argumentos de los herejes. Pero a los españoles de entonces fascinaba principalmente la teología escolástica, es decir, la que, apoyándose en los datos de la revelación y en los textos de Santos Padres, procura con la fuerza del ingenio penetrar en los secretos de la divinidad y presentar una explicación científica (en cuanto es posible a la humana inteligencia) de las grandes maravillas obradas por el Altísimo.

Entre el número, bastante crecido, de jesuitas españoles que cultivaron la teología en el quinto generalato, nos parece que descuellan seis, a los cuales llamaremos teólogos de primer orden, a saber: los tres andaluces, Francisco de Toledo, el eximio doctor Francisco Suárez y el P. Tomás Sánchez, y los tres castellanos, Luis de Molina, Gregorio de Valencia y Gabriel Vázquez. En pos de ellos daremos alguna noticia de otros autores bastante conocidos aunque hoy no muy consultados. Por último, nos ha parecido conveniente decir unas palabras sobre aquellos teólogos populares que llamamos catequistas, porque entonces florecieron dos que todavía son estudiados y

respetados en nuestra España: los celebérrimos Padres, tan conocidos de nuestro pueblo, Ripalda y Astete.

Al llegar a este punto, alguno de mis lectores me presentará una objeción. ¿No convendría reunir una serie de filósofos, antes de entrar en los autores que cultivaron la teología? A esta objeción satisfaremos diciendo que en el siglo XVI, sobre todo tratándose de Órdenes religiosos, no es posible hacer una separación entre filósofos y teólogos, por la sencilla razón de que los mismos hombres eran los que trataban ambas facultades. La filosofía era entonces como preliminar de la teología; era, digámoslo así, la portería del gran palacio científico que formaban las letras sagradas. Pues, como no es posible distinguir la portería del cuerpo del edificio, así no podemos formar grupo aparte con los filósofos solamente, pues, con rarísimas excepciones, todos ellos escribieron algo sobre la teología (1). Por eso entramos de lleno en la consideración de los teólogos.

El primer autor que debemos mencionar en esta falange gloriosa, es el ya conocido Cardenal Francisco de Toledo. Como ya lo insinuamos más arriba, empezó su magisterio en Roma el año 1559 por un curso filosófico, y tanto agradó no solamente a los discípulos, sino también a las personas mayores, que desde luego se vieron menudear copias, compendios y apuntes de aquel curso entre las manos de la gente docta. El deseo de que se perpetuasen lecciones tan bien recibidas, y el temor de que los discípulos alterasen tal vez la doctrina del maestro, movió a los Superiores a procurar la impresión de este curso. Fuéese haciendo por partes y publicándose en tomos distintos, por el espacio de muchos años, según el autor los iba limando y concluyendo. En 1561 salió a luz la *Introductio in Dialecticam Aristotelis* (2). Era, como el título mismo lo indica, la introducción a toda la filosofía. Repitióse la edición en Venecia, en Roma y en otras ciudades, hasta en Méjico, siendo, según parece, el primer libro de un jesuita que se imprimió en la Nueva España. Diez años después salie-

(1) Una excepción muy notable, y que no debemos omitir, es el P. Antonio Rubio, nacido en Rueda, y que vivió veinticinco años en Méjico, enseñando primero filosofía y después teología. Vuelto a España publicó varios comentarios sobre las obras de Aristóteles (véase en Sommervogel, t. VII, col. 280, la bibliografía de ellos), los cuales fueron tan estimados en España, que la Universidad de Alcalá mandó que se explicara en sus aulas de filosofía el curso del P. Rubio, y obtuvo que el Rey confirmara con su autoridad este mandato. Murió el P. Rubio en Alcalá el año 1615, sin haber publicado, que sepamos, ninguna obra teológica.

(2) *Introductio in Dialecticam Aristotelis. Per Magistrum Franciscum Toletum, sacerdotem Societatis Jesu ac Philosophiae in Romano ejusdem Societatis Collegio Professorem. Romae, in officina Vincentii Luchini, 1561.*

ron los comentarios sobre toda la lógica de Aristóteles (1), y, como en la obra precedente, vióse después pulular una serie de ediciones de ella. Apenas pasado un año, salió en 1573, en Venecia, lo que se llamaba la Física, es decir, *Commentaria una cum quaestionibus in octo libros Aristotelis de physica auscultatione*. En pos de esta obra vinieron los tres libros *De Anima* impresos en Venecia el año 1574, los dos *De generatione et corruptione*, que se dieron a luz en la misma ciudad un año después, y, por fin, el año 1586 se imprimió en Lyon el conjunto de todas estas obras, que empezó a llamarse vulgarmente «*el Curso del P. Toledo*».

Si en Roma se aficionaron los alumnos a las explicaciones verbales del docto cordobés y estimaron los maestros sus escritos, muy pronto empezaron también los catedráticos españoles a servirse de este curso como de libro de texto. En 1575 el P. Provincial de Castilla Juan Suárez escribía al P. Mercurián la siguiente observación: «Algunos lectores nuestros de artes se han aficionado a leer el curso del P. Doctor Toledo y ahora se lee en Ávila y tiénese por de mucho provecho. Si V. P. ordenase que le siguiesen universalmente los lectores y oyentes de la Compañía y me diese licencia para imprimirlo, esperanzas tengo que se podría hacer y mejorar la impresión, y sería mayor el provecho. Ojalá se imprimiese otro curso escogido de teología, porque no se gastase la salud de nuestros estudiantes en escribir filosofía y teología siete años, y estos escritos son, sin duda, de mayor costa y más trabajo y menos provecho» (2).

Según iban pasando los años iban aficionándose más los profesores al Curso filosófico de nuestro ilustre cordobés, y el P. Aquaviva en varias ocasiones recomienda tomar este Curso para facilitar y dirigir bien el estudio de la filosofía. Escribiendo al Provincial de Toledo, Hernando Lucero, el 18 de Febrero de 1601, le encarga usar en sus aulas el Curso de Filosofía del P. Toledo o tomar también los Conimbricenses, para ahorrar a los alumnos el trabajo de escribir y para evitar que los maestros sean demasiado difusos (3). La misma recomendación vemos repetida a otros Provinciales y Rectores.

Este curso filosófico debía ser para el mismo autor como la preparación para escribir sobre la sagrada teología, y, en efecto, escribió muy bien sobre ella el doctísimo Cardenal; pero, por una suerte

(1) *D. Francisci Toleti Societatis Jesu Commentaria una cum quaestionibus, in uniuersam Aristotelis Logicam*. Romae, 1572.

(2) *Epist. Hisp.*, XXII, fol. 147.

(3) *Toletana. Epist. Gen.*, 1600-1610, fol. 56.

bastante singular, sus escritos teológicos permanecieron inéditos durante tres siglos, y sólo en nuestros días, en los años 1869 y 1870 han salido por fin a la luz pública. El P. José Paria, de nuestra Compañía, hizo imprimir entonces cuatro tomos en folio menor del Cardenal Toledo, con este título: *Francisci Toleti... In Summam Theologiae Sancti Thomae Aquinatis Enarratio* (1). Esta obra no es un comentario del Angélico Doctor a la antigua, es decir, poniendo delante el artículo del Santo y añadiendo la explicación o disputación o aclaración posterior. El P. Toledo se abstiene de copiar textualmente los artículos. Su objeto es ir recorriendo brevemente las cuestiones tratadas por Santo Tomás y explicándolas a sus lectores con estilo breve y conciso. Difiere, por consiguiente, mucho de aquellos comentadores largos y difusos que en nuestros días atraen menos al lector. El P. Toledo escribe con cierta brevedad clara y jugosa, y de tiempo en tiempo se permite cierta ingenua ironía contra sus adversarios que deleita y atrae sobremanera al lector moderno. Si a esto añadimos la claridad admirable de su inteligencia, la tersura de su dicción, la habilidad de hacer accesibles las más recónditas verdades y de poner al alcance de las más medianas inteligencias los secretos más escondidos de la divinidad, fácilmente nos convenceremos de la admiración que excitó esta obra en los hombres cuerdos y entendidos. Otros autores serán tal vez más comprensivos, más completos y agotarán mejor la materia; pero ninguno la explicará con la claridad, elegancia y precisión con que presenta el P. Toledo las cuestiones más arduas sobre los altísimos misterios de nuestra fe.

2. El segundo teólogo que debemos presentar a nuestros lectores es el más ilustre de la Compañía y, según varios críticos, el primero de toda la Iglesia en los tiempos modernos. El P. Francisco Suárez nació en Granada el 5 de Enero de 1548, de noble linaje. Mientras estudiaba en la Universidad de Salamanca fué llamado por Dios a la Compañía, y, después de algunas dificultades, fué recibido en ella el año 1564. Aunque al principio manifestó alguna cortedad de entendimiento, que tal vez sería la dificultad natural que sienten los hombres al entrar en estudios nunca experimentados; pero, fuese por desarrollo espontáneo de su mente, fuese, como otros opinan, por especial dón del cielo, es lo cierto que desde el primer año de

(1) *Francisci... Enarratio. Ex autographo in bibliotheca collegii romani asseruato nunc primum edit Josephus Paria e Societate Jesu, praefecti bibliothecae socius a MSS. vulgandis...* Romae, 1869.

filosofía amaneció a los ojos de todos una inteligencia estupendamente capaz en el joven Francisco Suárez. Estudió la teología en Salamanca de 1566 a 1570, y un año después, en 1571, no siendo todavía sacerdote, empezó a enseñar filosofía en Segovia. Recibió las sagradas órdenes algunos meses después, y dijo su primera misa el 25 de Marzo de 1572. Terminado el trienio de filosofía, le aplicaron a enseñar teología, oficio que desempeñó como de paso algunos meses en los colegios de Ávila y Segovia. Trasladado a Valladolid en 1576, tomó muy de asiento el cargo de profesor, y se consagró de lleno al estudio y enseñanza de la ciencia sagrada. Desde luego dióse a conocer como el principal maestro que teníamos en la provincia de Castilla. Hubo una ligera turbación en los últimos años del Padre Mercurián, porque algunos de los Superiores temieron que el nuevo profesor entraba por caminos arriesgados e introducía novedades en la enseñanza de la ciencia sagrada. El P. Avellaneda, que visitó la provincia de Castilla de 1577 a 1580, examinó detenidamente esta cuestión y observó que el nuevo maestro no introducía novedades, sino que profundizaba de tal modo las cuestiones, que parecía a los principiantes verdaderamente cosa nueva. Como el mismo Suárez declaró, profundizar las cuestiones no es innovar, sino progresar en la verdadera ciencia (1). Dióle la razón en lo sustancial el P. Visitador, pero, con todo, le advirtió que tuviese más prudencia en el lenguaje, pues parecía verdad que algunas veces se habían escapado al joven profesor algunas expresiones menos honoríficas hacia otros autores, y aun hacia el mismo Santo Tomás. Recibió Suárez muy bien el aviso, y, como lo prueban sus obras, fué constantemente uno de los autores más moderados en su modo de decir. En 1580 fué trasladado a Roma para enseñar teología en el Colegio Romano. Cinco años permaneció en la Ciudad Eterna, y fué uno de los maestros consultados habitualmente sobre el gran negocio del *Ratio studiorum*. Como su salud era débil y el clima de Roma le perjudicase algún tanto, fué devuelto a España, cambiando su cátedra con el célebre P. Gabriel Vázquez. En 1585 Gabriel Vázquez pasó a Roma y Suárez vino a Alcalá, donde enseñó ocho años.

A los seis de este magisterio, es decir, en 1591, volvió Vázquez de Roma, y durante dos años vivieron los dos ilustres teólogos en el colegio de Alcalá: Suárez como maestro ordinario, y Vázquez sin

(1) Pueden verse dos cartas que sobre esto escribió el P. Suárez al P. General por Abril y Julio de 1579 en *Epist. Hisp.*, XXIII, folios 233 y 249.

cátedra, atendiendo únicamente a la composición de sus doctísimos libros. Hubo entonces algún ligero choque entre los dos grandes maestros, y el P. General, así en esta ocasión como algunos años después, hubo de intervenir para suavizar asperezas y hacer que mutuamente se respetasen y amasen estos dos grandes hombres que tan insignes servicios estaban prestando a la Iglesia y a la Compañía. En 1593 fué trasladado Suárez al colegio de Salamanca y dejó de nuevo su cátedra al P. Vázquez. Cuatro años siguieron resplandeciendo ambos al lado de las dos más célebres universidades de España, que entonces llevaban la palma a todas las del mundo en la enseñanza de la sagrada teología; Vázquez era el teólogo de Alcalá, y Suárez el de Salamanca. La inmensa celebridad que, ya con su magisterio, ya con los doctísimos tomos que empezaba a publicar, se había granjeado el P. Suárez, movió a la universidad de Coimbra a pedir a Felipe II que le concediese a tan célebre autor por maestro titular de teología. Hubo algunas dificultades en acceder a esta petición, y las principales nacieron de la repugnancia que el mismo Suárez sentía a salir de Salamanca, ya fuese por la condición de su salud, ya también por las facilidades que allí experimentaba para la publicación de sus libros. Pero habiéndose resuelto Felipe II en hacer este favor a Coimbra, fué necesario ceder. El P. Suárez partió para la universidad portuguesa, y en ella fué el maestro titular los veinte años que le duró la vida. Un paréntesis solamente, algo trabajoso, hubo de hacer en esta larga residencia, y fué en 1604, cuando acudió a Roma para defenderse ante el Papa de ciertas acusaciones que se levantaron contra él con motivo de una opinión sobre el tratado de penitencia (1). Vuelto de esta expedición perseveró en Coimbra, ya desempeñando su cátedra, ya redactando sus doctísimos escritos, hasta que le sorprendió la muerte en Lisboa el año 1617.

Tal fué, en resumen, la vida del hombre a quien Benedicto XIV concedió el título de *Doctor Eximius*, honroso título que repite constantemente la opinión general de los católicos. Toda la historia de este doctísimo varón puede resumirse en estas dos palabras: Enseñar y escribir. Durante cuarenta y seis años no hizo otra cosa el P. Francisco Suárez. Y ¿cuál fué el fruto de esta larga enseñanza?

(1) En este episodio *De poenitentia*, en el que Suárez no procedió con toda la cordura y acierto que fuera de apetecer, debemos advertir a nuestros lectores, que la Compañía no quiso sacar la cara ni en pro ni en contra del Eximio Doctor. El Padre Aquaviva dejó correr el negocio, como puramente personal de Suárez.

Es un poco singular que no empezase a dar a luz sus escritos hasta los cuarenta y dos años de su edad. En 1590 empezaron a salir los tomos en folio que tan alto ponen el nombre de Suárez en el orbe literario. Mientras enseñaba en Alcalá publicó los Comentarios sobre la tercera parte de Santo Tomás, esto es, el tratado sobre la Encarnación de Jesucristo; dos años después salió a luz, en la misma ciudad de Alcalá, el tomo *De Mysteriis Vitae Christi*, que es como el complemento del tratado de la Encarnación. Al poco tiempo de trasladarse a Salamanca, en 1595, vió la luz el primer tomo *De Sacramentis*.

Entonces, observando por la experiencia de su enseñanza que muchos de sus alumnos no estaban bien fundados en filosofía, y que era indispensable para profundizar las cuestiones de la ciencia sagrada haberse primero instruido bien en los principios metafísicos, dispuso interrumpir la publicación de sus obras teológicas para redactar un sólido tratado de metafísica. Reuniendo, pues, sus antiguos apuntes y consultando las obras particulares de este género, emprendió el vasto tratado dividido en cincuenta y cuatro disputas, que vulgarmente se llama la Metafísica de Suárez. En 1597 salieron a luz en Salamanca estas disputas, que son, indudablemente, una de las obras más colosales que ha producido el genio de la filosofía. Terminado este trabajo, reanudó el hilo de sus publicaciones teológicas, y en 1599 dió a la estampa el tomo que lleva por título *Varia Opuscula Theologica*, y que puede considerarse como una serie de disertaciones sobre los puntos principales en que era combatida la doctrina de la Compañía de Jesús, con motivo de la célebre controversia *de Auxiliis*. En 1602 recibió el público los Comentarios sobre la tercera parte de Santo Tomás, desde la cuestión LXXXIV hasta el fin; es decir, todo lo perteneciente al tratado *De Poenitentia*. Un año después se imprimió el tomo sobre las censuras. En 1606, sin haberle detenido en su producción literaria el viaje a Roma dos años antes, pudo dar a la estampa uno de los tratados que suele ser siempre de los más difíciles para los teólogos: el tomo *De Deo uno et trino*. Después de este tratado tan abstruso volvió Suárez su consideración al estado y virtudes de los religiosos, y uno en pos de otro, salieron al público aquellos cuatro tomos magníficos *De Religione*, que encierran no sólo discusiones profundas sobre el estado de la Religión, sino también sólida doctrina ascética acerca de la oración, de los votos y de otras virtudes religiosas. En 1612 se publicó el tratado *De Legibus*, que, por confesión universal, es el más completo que se ha escrito sobre esta materia.

Un incidente particular de estos tiempos le detuvo en la serie de sus publicaciones, para preparar un escrito que levantó bastante conmoción en el campo de la política. Por invitación del Sumo Pontífice Paulo V, tomó sobre sí el P. Suárez el refutar el juramento de fidelidad que el Rey Jacobo I de Inglaterra exigía de sus súbditos, y el deshacer las razones teológicas con que este Monarca, o, por mejor decir, algunos teólogos por su orden, pretendían justificar aquel juramento tan odioso para los católicos. En ocho meses escribió e imprimió en Coimbra, el año 1613, el tomo intitulado *Defensio Fidei adversus Regem Angliae*. Bien se deja entender la indignación que este libro excitaría en la Corte de Inglaterra. El rey Jacobo lo hizo quemar por mano del verdugo; influyó en la Corte de Francia para que también lo condenasen en París, y aun quiso asociar a esta condenación a Felipe III, Rey de España; pero, gracias a Dios, el Rey Católico se mantuvo a la altura de este nombre, y no sólo rehusó condenar el libro, sino que resueltamente se manifestó partidario de la doctrina que en él se defendía. Con esta publicación termina las que hizo Suárez en vida; pero, ¡cosa singular! Habiendo dado a la estampa 13 tomos en folio, que parecían bastantes para agotar la actividad intelectual de cualquiera, dejaba todavía preparados para la imprenta otros 14, que no había podido publicar. Y, efectivamente, desde el año 1620 en adelante, fueron viendo la luz pública los otros tomos de Suárez, como fueron los del tratado *De Gratia*, el *De Angelis*, el *De las Virtudes Teologales*, etc. Recorrió, por consiguiente, el Eximio Doctor en sus publicaciones casi todo el campo de la teología, pues sólo dejó de escribir sobre dos tratados importantes, cuales son el *De Matrimonio* y el *De Justitia jure* (1).

¿Qué juicio se debe formar del mérito y calidad de estos escritos? Todo el orbe católico lo está diciendo, pues unánimemente reconocen todos la vastísima comprensión, la profundidad sin igual, la prudencia admirable, junto con una penetración que verdaderamente asombra. Si a esto se junta la erudición que abarcaba todo lo que se había escrito antes en la teología y que facilita al lector la comprensión de cuanto se había disputado en las escuelas hasta los tiempos de Suárez, infiérese de aquí el asombro que debe causar la capacidad inmensa de quien pudo leer tanto, consultar tanto y discutir profun-

(1) No hemos creído necesario presentar con todos sus títulos la bibliografía de Suárez, que es bastante conocida y puede verse en Sommervogel (t. VII, col. 1.661 y siguientes).